

## “Los Burreros” Víctor Negrete Barrera



*Las relaciones sexuales con animales*

“Sí...es verdad...durante mi adolescencia y primeros años de mi juventud tuve relaciones con animales, en especial las burras...de ahí el nombre de **burreros** que recibíamos todos los que practicábamos esta costumbre. Te estoy hablando de 60 años, cuando Montería, el pueblo donde nací llegaba hasta donde es hoy la calle 27 con carrera 10. Lo que seguía era paja, potrero... con ganado, caballos y burros... es decir, las teníamos al alcance de la mano.

Todos...y cuando digo todos me refiero a hombres y mujeres, sin importar edad, cargos, posición social, profesión u oficio...todos sin excepción sabían de esta práctica y la aceptaban o toleraban sin oposición alguna, nadie era indiferente a este hecho evidente y muy antiguo.

La razón era sencilla: el miedo, horror y vergüenza a tener un hijo homosexual o marica. Los padres y familiares cercanos del niño se mantenían atentos a cualquier desliz que manifestara inclinaciones femeninas: modales, expresiones, lenguaje, juegos, juguetes, colores, oficios, vestidos, delicadeza, coquetería. Les insinuaban o decían abiertamente que se fijaran en las niñas: las tocaran, acariciaran o besaran. Si el niño lo hacía el padre lo estimulaba orgulloso ante el silencio de la madre que muchas veces no sabía que hacer. La mayoría de las veces prefirió callar y ocultarle al marido las quejas que recibía de otras madres por la actitud de su hijo. Hay que mencionar también que los hermanos mayores, primos y tíos hablaban sobre estos casos sin ningún tapujo en presencia de los menores. Es más... a diario y a todo momento las conversaciones, consejos, llamadas de atención, discusiones, regaños y castigos que sucedían en casa sobre estos asuntos terminaban con la decisión del padre. La mujer y lo femenino tenían un papel secundario.

Estos ambientes y preparativos los extremaban a medida que el niño se acercaba a la adolescencia (13-14 años), la edad crítica del desarrollo, cuando le llegaba la hora de definir a qué equipo pertenecía, puesto que se encontraba entre la espada y la pared, el ser y el no ser o entre la rubia y la morena. Era el tiempo del cambio de voz, la aparición de pelos en las bolas y vellos en la cara. Con semejante montaje los padres creían haber cerrado todas las puertas a la posibilidad de tener un hijo amanerado. Sin embargo de vez en cuando aparecían con el género equivocado. Y los que nacían así bien pronto descubrían lo diferente que eran y el medio hostil que los rodeaba. Temerosos de burlas, discriminación y riesgos la mayoría optó por esconderlo o disfrazarlo, sacrificando una parte esencial de su personalidad.

Mientras tanto a los otros, *los normales*, los iniciaban en el proceso de tener ayuntamiento con bestia como dice la biblia. Los hermanos mayores o amigos cercanos con la complicidad de los padres eran los encargados de llevarlos a los lugares donde estaban las *menecas* o burras. Con ellas presentes les enseñaban tener en cuenta si eran viejas o nuevas, enfermas o sanas, limpias o sucias, ariscas o mansas y evitar un mordisco o patada. Para esto último recomendaban sujetarla con cabuya a un árbol o amarrarle las patas traseras con sogas o cinturones. Como en la mayoría de los casos participaban grupos hubo necesidad de hacer reglas que evitaran el desorden y dieran oportunidad al disfrute de todos. Las más usuales eran:

-El turno dependía de quien las localizaba o ayudaba a llevarlas al sitio escogido para realizar el acto sexual, por lo general debajo de árboles, ocultos a miradas de curiosos o personas extrañas.

-Los primeros debían ser los que todavía no *echaban leche* o eyaculaban. Si sucedía lo contrario, los mayores le dejaban la vagina llena con semen y a nadie le gustaba meterlo en esas condiciones. Había necesidad de limpiarla y para hacerlo bastaba echarle chorros de orina por dentro y por fuera o con hojas suaves de plantas que se encontraban en el sitio.

-Si los genitales del adolescente no alcanzaban a estar a la altura de los genitales del animal llevaban un banquillo o butaco o conseguían piedras o palos donde subirse y poder cumplir su propósito.

-Algunos más sofisticados llevaban un palo, no tan largo y redondeado, para pasarlo por el lomo del animal, del cuello hasta el anca varias veces, haciéndola arquear al levantar un poco la parte trasera y así obtener más excitación.

-Había burras o *María Casquitos*, como la llamaban cariñosamente, acostumbradas a estas relaciones. Muchas de ellas cuando veían llegar a los muchachos buscaban dócilmente el sitio habitual... incluso, levantaban el rabo o lo hacían a un lado.

-Eran varios los animales con los que podían tener relaciones. El logro de satisfacción dependía de factores como localización, captura, resistencia del animal, vigilancia de los propietarios, tiempo previsto, disponibilidad del lugar y el gusto o predilección por la variedad de posibilidades que ofrecía el medio: mulas, yeguas, vacas, terneras, burras, pavas y gallinas. Estas dos últimas las encontraban en las propias casas.

Estas relaciones llegaban a su fin cuando aparecían las primeras oportunidades con novias, amigas o pagando por servicios sexuales. Pasar de una relación con animal a otra con mujer no es fácil. Genera inquietud, miedo, inseguridad y una gran congoja si las cosas no salen bien, sobre todo con mujeres mayores o con más experiencia. En todo caso esos años y enseñanzas quedan en el recuerdo, en el anecdotario que todos tenemos. No conozco a ningún amigo o conocido que haya quedado trastornado o con enfermedades posteriores por las experiencias de estos años. Es posible que existan pero no tengo conocimiento.

He hablado con amigos de la época sobre estas vivencias y hay consenso sobre los siguientes puntos:

-Nos dio confianza en nuestras primeras experiencias con mujeres.

-Acumulamos y procuramos cumplir fantasías que no podíamos hacer con los animales.

- Aprendimos a prolongar los coitos, evitando a toda costa los *polvos de gallo* o la eyaculación precoz.
- Nos adaptamos a tener relaciones en situaciones incómodas o imprevistas.
- Valoramos la higiene y la disciplina en este tipo de relaciones.
- Nuestro desarrollo fue más seguro porque fortaleció nuestra virilidad.
- Tranquilizó a nuestros padres, familiares y conocidos
- No creen que estas experiencias sean casos de zoofilia, perversión o desviación sexual, trastorno psicológico, bestialismo, inmoralidad, abominación, antinatural, condenada por iglesias, leyes y códigos sociales y culturales.

Afirman que el caso nuestro es un proceso social y cultural debido a condiciones de todo tipo que lo hizo posible. Muchas de esas condiciones han cambiado y los pocos burreros que quedan están próximos a tener la oportunidad de conquistar hermosas adolescentes y jóvenes y conocer así el éxtasis que produce hacer el amor con la mujer que deseamos”

Montería, 30-6-2020